

Los Chalecos Amarillos, un nuevo asalto

Lo efímero y lo duradero se juntan en un movimiento que reuniendo distintos intereses discute al Estado la gestión del sistema. Iniciado en noviembre de 2018 cuando en la calle se juntan miles de ciudadanos procedentes de la Francia periférica para protestar contra las medidas gubernamentales que atenazan su vida cotidiana. Sábado tras sábado dirán, de la forma más variada, su desprecio de un sistema que solo favorece a los ricos.

Conocer el origen social de los participantes, sus formas de organización; considerar el hecho de la desindustrialización del territorio francés, la importancia del coche en la Francia periférica, elementos que sirven para entender un movimiento, Les Gilets Jaunes, que afirma ser de acción y no de representación, que pone la diversidad de ideas como una fuerza y no como un factor de división.

Consideraciones, pues, para entender la revuelta que hay debajo de este encadenado de sábados, para entender la revuelta que sostiene este decir rebelde, son el motivo de esta entrega con la traducción de estos dos artículos que nos llegan desde Francia.

Los Chalecos amarillos: un movimiento que sorprende y todavía plantea cuestiones

A la lectura o a la escucha de las reacciones que nos llegan de nuestros amigos extranjeros, tenemos la impresión que a partir de los análisis difundidos por los media no han pillado lo específico de la dinámica del movimiento francés de los Chalecos amarillos y se han quedado con la imagen de un movimiento simplemente reactivo y violento en sus manifestaciones. Este pequeño texto pretende transmitir una imagen más cercana a la realidad.

Precisemos de entrada que si bien los chalecos amarillos han sido minoritarios en número, han sido sostenidos por gran parte de la opinión pública incluso cuando la violencia de las fuerzas represivas ha disuadido a cada vez más gente a participar en sus manifestaciones. En Francia, los media dominantes se interesaron en el movimiento de los chalecos amarillos desde el principio, poniendo de relieve el carácter sorprendente de su eclosión y el carácter masivo de sus manifestaciones decididas sin la ayuda de ninguna organización bien establecida y sin pedir autorización. Pero desde la primera intervención violenta de la policía se adhirieron al lado espectacular de los enfrentamientos para intentar desacreditarlos.

Sin embargo, desde el principio, ciertas características del movimiento se prestaron a reflexión. La mayoría de los que participaban en las manifestaciones de los sábados llrgaban de pequeños pueblos de la Francia profunda y, sin haber participado anteriormente, desconocían las “reglas” de la acción militante que consisten en mostrar a la Prefectura su inten-

ción de manifestar y negociar el recorrido. Para ellos, bajar a la calle para hacerse oír, era ejercer su derecho más estricto. Algunos incluso llegaron a gritar “¡la policía con nosotros!”, convencidos de su legitimidad. Verse agredidos por la poli, a porrazos, gaseados, alcanzados por granadas y balas de flashball fue la primera sorpresa, antes que algunos empezaran a reaccionar y a enfrentarse a las fuerzas del orden.

El uso de las redes sociales para darse cita ha dado a las manifestaciones del movimiento su carácter imprevisible, pero los media que querían ver en este uso las razones de lo que no llegaban a comprender, olvidaban que antes de sus acciones de bloqueo o de manifestación, los chalecos amarillos se habían encontrado físicamente en las rotondas, y habían intercambiado ideas, saliendo así de su aislamiento y su embrutecimiento delante de la tele, creándose nuevas amistades y solidaridades. Fue esta dimensión – la liberación de la palabra, las ganas de discutir, de descubrir otras experiencias y otros puntos de vista – lo que llamaba la atención en las primeras manifestaciones de los primeros meses. Un elemento que a los compañeros que lo habían vivido recordaba bien el clima del Mayo 68.

La dinámica

La gota que hizo desbordar el vaso en la vida de los que iban a llamarse los “gilets jaunes” fue el anuncio, en noviembre del 2018, del aumento del impuesto sobre los carburantes. Su cólera es fácilmente comprensible: la escasez de servicios públicos y de pequeños comercios en las zonas rurales y el creciente alejamiento de las ciudades propiciado por la especulación financiera han vuelto el uso del coche indispensable a los que habitan la “Francia periférica”, ya sea para hacer sus compras, acompañar a sus hijos a la escuela, o llegar al trabajo. De golpe, los media han puesto el acento en el carácter antifiscal del movimiento, presentándolo, en cierto modo como una sublevación poujadiste, como una extensión nacional del movimiento bretón de los “bonnets rouges”.¹

¹ En respuesta a este género de alegaciones, se puede citar, a título de

Sin embargo, no deja de llamar la atención la rápida evolución del discurso y de las reivindicaciones. Después de la petición contra el aumento del precio de los carburantes, en un clima en el que el sostén de la derecha y de la extrema derecha alentaban las expresiones nacionalistas y anti-inmigratorias, incluso racistas, los chalecos amarillos, a partir de la constatación de sus crecientes dificultades comunes para llegar a fin de mes, pasaron rápidamente a una denuncia, cada vez más argumentada de las desigualdades (“nosotros somos cada vez más pobres, ellos son cada vez más ricos”). De golpe, el apoyo de las derechas cedió: desde la segunda semana de diciembre, Wauquiez (jefe de la derecha clásica) pedía el restablecimiento del estado de urgencia y Le Pen tomaba sus distancias. En el mismo ímpetu, las reivindicaciones tomaron un contenido cada vez más social, a la vez que la dimensión fiscal permanecía central (vuelta del impuesto sobre la fortuna, suprimido por Macron, tasas al transporte aéreo, aunque también aumento del salario mínimo). Y si es verdad que ni la patronal, ni el capitalismo en cuanto tales se pusieron en cuestión –una ausencia de toda referencia a la lucha de clases que ha llevado a Samuel Hayat a hablar de defensa de una “economía moral”², lo que, a sus ojos, acercaría a los chalecos amarillos a movimientos sociales anteriores al movimiento obrero. Paralelamente, se trata de una crítica sin concesiones de la pretendida “democracia representativa” (“no nos representáis no sois de nuestro mundo”), enseguida unida con las reivindicaciones de “democracia directa”: la introducción del referéndum de iniciativa ciudadano (RIC) y la convocatoria de una asamblea constituyente se convirtieron en reivindicaciones dominantes en el seno del movimiento. Lo que supone una fe algo naif en el orden

ejemplo, la respuesta de los gilets jaunes de Belleville (Paris) en su octavilla “A otros”, reproducido en el sitio de Mediapart, y la carta abierta al periódico *Il Manifesto* redactada por un grupo de italianos jóvenes residentes en París. <http://www.archiviolfb.eu/gilets-jaunes-la-stampa-italiana-lettera-aperta-manifesto/>.

² Ver: Samuel Hayat, “Les Gilets Jaunes, la economía moral y el poder”. <https://samuelhayat.wordpress.com/2018/12/05/les-gilets-jaunes-leconomie-morale-et-le-pouvoir/>

constitucional, pero al mismo tiempo inscribe la lucha de los chalecos amarillos en continuidad con los movimientos por una “democracia real” de los últimos diez años (movimiento de las plazas en España y en Grecia, “nuit debout” en Francia en 2016). Con todo esto hemos de ver, sin duda, la expresión de una exigencia profunda de nuestro época.

En fin, desacreditados al principio por los ecologistas por su oposición a una tasa “ecológica”, rápidamente el movimiento hizo suya la cuestión del medio ambiente dando paso a un eslogan que hará fortuna: “Fin del mundo, fin de mes, mismos responsables, mismo combate”.

El enfrentamiento

Debido a la deslocalización, al desmantelamiento de lo que se llamaba “fortalezas obreras” y al cierre de empresas, a la facilidad de despido otorgada a la patronal y de la colaboración sindical, el terreno del enfrentamiento no puede ser la fábrica. La patronal no es apercibida como un enemigo directo, y la organización patronal MEDEF no será directamente contemplada. Los chalecos amarillos se enfrenta al Estado ya que es él el que distribuye las insuficientes prestaciones sociales, endurece el trato con los parados, cierra los hospitales y reduce los servicios públicos, aumenta las tasas sobre los productos de primera necesidad como los carburantes, a la vez que se guarda bien de aumentar las tasas al transporte aéreo y marítimo.

El enfrentamiento tendrá pues lugar en las carreteras y en la calle. Se empieza agrupándose en las rotondas para pasar luego al bloqueo de carreteras, que reduce la cifra de negocios de la gran distribución (la jornada del “Blak Friday” hace un buen “flop”), y al levantamiento de los peajes de las autopistas, que contribuyeron a la popularidad del movimiento entre los automovilistas. Luego va a manifestarse en los pueblos cercanos y muy pronto – en reacción a la provocación de Macron (“Si quieren un responsable, aquí lo tenéis, que vengan a buscarlo”)—se va a buscar el responsable a su casa, en París, y se inviste los barrios lujosos donde se

acumulan los sitios del poder y donde con certeza será visto por los medias – pero que no tienen la costumbre de ver en la calle la gente en cólera. En la calle es posible organizarse solos sin el acuerdo y el apoyo de los sindicatos. En la calle cada uno puede fijar carteles como le viene en gana, sobre una pancarta y sobre todo sobre su chaleco, aportando su grano de arena a un conjunto joven, alegre y combativo, tan diverso como tolerante.

Apuntar al Eliseo en un clima festivo foráneo o de carnaval –como por el episodio del elevador utilizado para derribar la puerta de un ministerio–, incendiar unos contenedores e intentar protegerse de las agresiones policiales, todo esto poco tiene que ver con la violencia organizada de los “radicales”, como los llama el poder. Los “radicales”, sí, serán parte del movimiento desde que las ocasiones de enfrentamiento con la policía vendrán, pero su violencia es instrumentalizada para justificar la violencia represiva del Estado, con los media interpuestos.

La intervención militante

La demonización mediática de los chalecos amarillos tuvo al principio claros efectos, también sobre los militantes de extrema izquierda o los libertarios. Pero la evolución de las reivindicaciones, el relativo éxito obtenido al final del primer mes de movilización y el carácter comunicativo de las manifestaciones de los sábados, enseguida han levantado las reticencias de muchos de entre ellos, incluidos los sindicalistas. Enseguida, su participación directa en el movimiento ha contribuido a modificar en algo su carácter. En las manifestaciones las banderas rojas se mezclaron con las tricolor, los chalecos rojos o naranja con los amarillos, los eslóganes anticapitalistas con “Macron dimisión”, y grupos reclamándose de los chalecos amarillos se constituyeron, poco a poco, en los barrios y en las afueras de las grandes ciudades, en un ambiente alegre e infinitamente menos sectario que el de las reuniones militantes “clásicas”. Las acciones empezaron a señalar más directamente las grades empresas y a marcar

un sostén a las luchas en curso. La noción de “democracia directa” tomó un contenido distinto, centrado en la práctica de las asambleas locales, sobre todo después de “la llamada de Commercy”, la cual dio origen a tres “asambleas de asambleas” (AdA), donde, por desgracia, los métodos de la ultra izquierda partidista contribuyeron a ahogar el rico potencial de los intercambios en un interminable juego de mociones y enmiendas imitando el juego parlamentario. Estas AdA han, de todas formas, impulsado el tema municipalista, con referencias a Bookchin y a Rojava, hasta el punto que los intentos municipalistas (listas ciudadanas constituyéndose a la vista de las elecciones, firmes asamblearios consolidados) aparecen hoy como la única “salida política” visible del movimiento.³

En las manifestaciones de los sábados, la progresiva implicación, a partir el mes de enero, de los grupos izquierdistas, antifascistas y autónomos, que practicaron su deporte favorito, no siempre de manera inteligente ha tomado la forma de enfrentamiento con la policía o de ataques contra los símbolos del “capitalismo”: cajeros automáticos, McDonald’s, revendedores de automóviles de lujo, carteles publicitarios... hasta la jornada del 16 de marzo cuando fueron degradados altos sitios de lujo de los Champs-Élysées y el lujoso restaurante Fouquet’s incendiado, con el aplauso de miles de chalecos amarillos. Lo cual contribuyó a difundir la imagen de un movimiento que practicaba abiertamente el enfrentamiento violento, mientras que si se considera los centenares de manifestaciones de los chalecos amarillos que tuvieron lugar en todo el territorio francés, lo que hay que extrañar es el bajo nivel de violencia de los manifestantes ante una policía, la más violenta de Europa, y a un nivel de represión sin igual desde la guerra de Argelia.

3 A lo que hay que añadir una implicación en la lucha por el referéndum de iniciativa participativa (RIP) sobre la privatización de los aeropuertos de París, que el gobierno se disponía a efectuar y que suscitó la oposición conjunta de todas las fuerzas parlamentarias no gubernamentales, tanto de izquierda como de derecha.

La (no) respuesta del poder

Más allá del soberano desprecio de clase de Macron por la expresión del descontento popular, un factor ha jugado un papel nada despreciable en la persistencia y radicalización del movimiento: el rechazo de cualquier concesión por parte de los individuos situados a la cabeza del Estado (al menos hasta finales del 2018, cuando Macron es obligado a anticipar medidas previstas para los próximos años soltando una decena de miles de millones), acompañado de una feroz represión ampliamente remplazada por una justicia impuesta, a las órdenes del poder.⁴ Una actitud nunca desmentida que regularmente ha echado leña al fuego, hasta el punto que muchos observadores se preguntaban si Macron era verdaderamente estúpido o si es que jugaba una estrategia de enfrentamiento como hiciera Cavaignac en 1848.

También puede decirse que la práctica macronista consistente en marginalizar y enflaquecer los cuerpos intermedios, sobre todo los sindicatos, no ha permitido a estos asegurar el control de la calle, como sí hicieron cuando las huelgas y las manifestaciones contra las reformas de los jubilados efectuadas bajo Chirac, Sarkozy y Hollande. La desconfianza de la mayoría de los chalecos amarillos hacia los sindicatos, apercibidos como cogestionarios de las políticas gubernamentales, solo ha podido ser entretenida por su inacción (CGT) o su complicidad con el poder (CFDT).

De todas formas, entre enero y marzo de 2019, Macron intentó retomar una relación con ciertos cuerpos intermedios instituyendo su “gran debate”. A la operación propagandística hacia la población y de división/diversión en vistas al movimiento, se le junta una operación de seducción y de pedagogía en dirección a los alcaldes cada vez más numerosos en expresar una forma de malestar.

4 Hasta el punto que la ONU encargó a Michelle Bachelet, antigua presidenta de Chile, presidir una comisión de investigación sobre el uso desproporcionado de la fuerza policial contra los manifestantes, y que la ACAT, la LDH, Amnesty International no cesan de denunciar. Para una información detallada de las víctimas de la represión ver el sitio de David Dufresne <http://www.davduf.net/alloplacebeauvau?lang=fr>

Desconcertantes elementos para la izquierda

Mucha tinta ha colado sobre la cuestión de la composición social del movimiento, denunciado por los puristas de la acción obrera como interclasista. Ahora bien, se ha de constatar que en un contexto de avanzada desindustrialización del país, las figuras sociales presentes en las rotondas son las figuras atomizadas del proletariado peri-urbano⁵ (mujeres de limpieza, cuidadoras, enfermeras, obreros, pensionistas, transportistas, precarios, parados, jubilados)...y la parte de las clases medias con dificultades por los créditos inmobiliarios y al consumo. La evidente importancia del papel de las mujeres se corresponde a su creciente rol en un mundo del trabajo en el cual el sector terciario ha devenido dominante. Un verdadero movimiento pues y no una copia estereotipada de la clase obrera.

Otro elemento de desconcierto para las izquierdas son sus referencias históricas (y sus símbolos) que son del todo inoperantes. Las de los chalecos amarillos son retomadas de la Revolución francesa de 1789: los *sans-coulottes*, la *Marseillaise*, la bandera azul-blanco-rojo... Un imaginario de orgullo nacional más que nacionalista o de extrema derecha, construido en los años escolares, común y accesible a toda la población, exceptuando a los *gauchistes* quizás...

Veremos en el momento de las elecciones europeas que, independientemente del hecho de que una mayoría de franceses mantendrá su desconfianza hacia los partidos y continuará absteniéndose, el espectro del fascismo que Macron

5 La región de París es para el movimiento un mundo a parte. Por un lado, porqué los problemas de las poblaciones que en ella viven son muy distintos de los que han llevado al nacimiento del movimiento (los transportes en común muy desarrollados se puede vivir sin coche, lo que es imposible en el campo; más numerosas las ofertas de trabajo; la cuestión de la vivienda es más dramática que en provincia). Por otra parte, por el peso de las ciudades suburbio sometidas diariamente a una represión social y racial mayor. Es por esto que el movimiento se desarrolló más tarde, bajo el impulso y la presencia aplastante de la extrema izquierda. Y París ha sido un terreno de enfrentamiento con el Estado más que de arraigo del movimiento.

agita, presentándose otra vez como última muralla contra Le Pen, ya no funciona. La lista de Macron llegará en segundo lugar detrás de la de la Unión nacional de Le Pen (por la que un número de chalecos amarillos parece que votó para hacer perder a Macron), desviando los votos de la derecha clásica que en sus reflejos al orden le acuerda toda su confianza.

Los elementos de fuerza del movimiento de los chalecos amarillos son a la vez simples y complejos. Utiliza la diversidad de ideas como una fuerza y no como un factor de división. Se ha alimentado de discusiones internas, sin tener miedo de las distintas opiniones ni de las formas de acción. Se afirma como un movimiento de acción y no de representación. Hace cosas concretas. Afirma, no negocia.

Tiene vida en la calle, es lo que le da su unidad interna. Hasta el momento no se ha dividido según criterios electorales. Su divisa podría ser: “la lucha nos une, las urnas nos separan”. No tiene jefes ni representantes que pudieran ser utilizados por los media y por el poder como rehenes. Es verdad que hay un cierto número de “figuras” fabricadas en parte por los media pero también muy seguidas en las redes sociales, con opiniones disparatadas. Alrededor de algunas de ellas se han constituido grupos que dan el *tono* para llamar a manifestarse y, por tanto, las divisiones tienen consecuencias visibles en la calle. Pero cualquier voluntad de imponerse como líder del movimiento ha suscitado el desprecio y se ha combatido.

La represión policial (siempre negada por el poder) es de una intensidad jamás conocida en el último medio siglo. A corto plazo produce miedo y desmovilización pero empuja al movimiento a soldarse más allá de sus contradicciones. Incluso deviene un argumento avanzado por ciertos colectivos que intervienen en los “barrios” de los suburbios para empujar a los jóvenes que allí viven a implicarse en el movimiento, con resultados bien modestos que no llegan a explicar la poca solidaridad suscitada por las revueltas del 2005. A falta de aperturas gubernamentales y de negociación el enfrentamiento es la única relación posible con el Estado

que en nada cede. A largo plazo, en revancha, la represión alimenta la pérdida de confianza en el Estado, que muestra sus verdaderas funciones. Lo que podría abrir la vía a otras imprevisibles revueltas.

Gato Soriano y Nicole Thé, Setiembre 2019



Algunas aclaraciones sobre el movimiento de los chalecos amarillos dirigidas a los amigos extranjeros

El movimiento de los Chalecos Amarillos, totalmente impredecible en su pretexto, sus formas, su duración y la agitación que ha provocado, ya es reconocido como la crisis social más grave que se ha producido en Francia desde 1968¹. No me extenderé en todo aquello que comúnmente se acepta sobre este movimiento y su sociología, o las especificidades típicamente francesas y también personales del ejecutivo actualmente en el poder (provocador, burocrático, despectivo y particularmente represivo), factor contingente que ha contribuido, en gran medida, a exacerbar el conflicto². Los pocos documentos citados, bastante eclécticos, dan en general, a pesar de sus limitaciones o sus prejuicios, una visión lo suficientemente clara. Parece más importante tratar de aclarar, más allá de los clichés laudatorios o críticos, aquello significativo para el futuro de los conflictos y de los desafíos de nuestro tiempo.

Como en otros muchos países occidentales, se trata de la rebelión de la gente común que se reconoce a sí misma como parte de la clase media (en el sentido de la normalidad corriente; dejaremos a los puristas del concepto las discusiones

1 Cf. Contribution à la rupture en cours, 7/12/18, ou Full metal yellow jacket, 22/01/19

2 Cf. Une politique expérimentelle - Les Gilets jaunes en tant que "peuple", 19/12/18

bizantinas sobre la irrelevancia de tal denominación), de hecho la capa empobrecida de las clases trabajadoras y de los jubilados, que aún no han sido rechazados como sobrantes inútiles del sistema, pero que sienten temor por ellos, sus parientes o sus hijos. De hecho, incluso en un país considerado "rico" como Francia, y al margen de cualquier crisis importante, cada vez es más difícil para estas categorías satisfacer sus necesidades materiales esenciales, es decir, no solo aquellas necesidades que este sistema ha convertido en necesarias para su cotidianidad integrada en la modernidad, sino también las necesidades básicas de vivienda, calefacción o alimentos.

La hegemonía progresiva del capitalismo como sistema de dominación, al hacer triunfar la sociedad industrial, ha tenido como proyecto y en todas partes como resultado el limitar la vida a su dimensión económica y reducir las aspiraciones humanas al trabajo y a la satisfacción de las necesidades materiales. Más allá de todos los sufrimientos, las crisis, las guerras y cualesquiera que sean los regímenes políticos aplicados para cumplir este programa (los fascismos y los socialismos burocráticos, a pesar de sus proyectos de construir un hombre nuevo, tuvieron que integrar esta centralidad o desaparecer), se puede decir que desde finales del siglo XIX fue aceptado globalmente, ya que ha sabido en gran medida mantener su promesa de una mejora material de la situación de las poblaciones (el fenómeno aún sigue funcionando eficazmente para todos los países emergentes en fase de rápida industrialización). Sin embargo, en los primeros países industriales este proceso histórico se interrumpió a finales del siglo XX, los salarios reales se estancaron y luego disminuyeron y las condiciones de vida se deterioraron gradualmente. La certeza casi secular de las clases trabajadoras, de que su suerte material mejoraría con el tiempo, de que vivirían mejor que sus padres y lo mismo ocurriría con sus hijos se ha derrumbado progresivamente.

Se ha producido una inversión de la situación, primero lentamente por la desindustrialización y la automatización

del trabajo industrial restante, y después repentinamente con la crisis financiera del 2008, combinada con la aceleración de la globalización, asociada a la informatización de todas las actividades humanas. La sensación de desmantelamiento se ha convertido en la certeza de que toda estabilidad y seguridad material se han perdido junto a todas las viejas formas de solidaridad. En la actualidad, cualquier persona puede precipitarse en el abismo de la nada social y lo sabe.

El mandato del cielo capitalista está agotado

El mismo fenómeno ha ocurrido en todos los viejos países industriales y ha alimentado diversas formas de populismo de derecha, autoritario, nacionalista y xenófobo. La singularidad del movimiento de los Chalecos Amarillos (aunque existe en el país un partido político de este tipo con fuerza electoral), es que su inmensa mayoría no ha hecho de la regresión nacionalista, racista o de la obsesión contra la inmigración su caballo de batalla, sino que explícitamente lo han ignorado o relegado a problemas secundarios. Naturalmente, en un movimiento tan amplio y heterogéneo, escaparate ideal para cualquier sectario carente de visibilidad mediática, este tipo de actos pueden darse siempre, ya que ni los votantes de la extrema derecha populista, ni los integristas musulmanes antisemitas, desaparecen por arte de magia, ver, por ejemplo, el incidente con Finkielkraut. Pero lo que es innegable, para disgusto del poder, de los progresistas que los tienen en el punto de mira y de los media que los muestran repitiendo la misma información una y otra vez, es que estos actos han sido bastante marginales y combatidos como se merecen.

Pero, ante todo, lo que ha movido y constituye la unidad de un movimiento tan ecléctico, es el retorno y el sentimiento compartido de una lucha de clases en el sentido más fundamental: la de los pobres contra los ricos. Y si el Estado ha sido tan particularmente atacado, lo ha sido en tanto defensor de los ricos y sus representantes, en tanto que parásitos³. Las viejas referencias de la lucha de clases vestidas de fraseolo-

³ Cf. 42 propositions des Gilets jaunes, 2/12/18

gía marxista y la crítica del capitalismo, eran casi invisibles en los inicios del movimiento. La izquierda clásica y el izquierdismo están tan desacreditados y sus referencias son tan desconocidas, olvidadas o inútiles, sinónimos de tantas mentiras, de traiciones e impotencias, que lo que está masivamente presente como referencia histórica, es la Revolución francesa de 1789, considerada victoriosa, y en concreto por los más veteranos, Mayo del 68.

Como si se tratara de retomar el curso inacabado de la Historia, el lema libertad, igualdad, fraternidad es explícitamente reapropiado como programa concreto: "la libertad y la igualdad se conseguirán, la fraternidad ya la practicamos", como los colores de la república que están allí para recordar que el pueblo es soberano y que ya ha cortado la cabeza de un rey: "un gobierno del pueblo, por el pueblo y para el pueblo", lo mismo que el recuerdo recurrente de la Declaración de los Derechos del Hombre y del Ciudadano de 1793 legitimando la exigencia de la destitución del odiado presidente: "Cuando el gobierno viola los derechos del pueblo, la insurrección es, para el pueblo y para cada uno del pueblo el más sagrado de los derechos y el más indispensable de los deberes".

No es, pues, ni un movimiento populista de derechas ni un movimiento revolucionario de izquierdas, sino una especie de ciudadanía radical que, a falta de algo mejor, toma al pie de la letra todas las afirmaciones cotidianamente pisoteadas y burladas de los fundamentos democráticos y de los discursos del personal político. No está estrictamente motivado por reivindicaciones materiales, sino más bien por exigencias morales sobre el funcionamiento de la economía, el poder político y, en última instancia, de la sociedad, reflejado de forma concreta en la fraternidad de las rotondas, crítica colectiva práctica del aislamiento social impuesto por la modernidad: "antes estábamos solos frente a nuestras pantallas", "encontramos una familia".

Estos simples hechos y la presencia de las banderas tricolor bastaron en un primer momento para alejar a la mayoría de los militantes de izquierda y de extrema izquierda, eno-

jados porque lo real no se amolda a sus cánones ideológicos y a sus normas de etiqueta⁴. Algunos vuelven ahora, en el lento reflujó del movimiento, para intentar colocar sus encantamientos rituales, anticapitalistas, antirracistas, de género etc., ante la indiferencia general⁵.

Otros, (sucintamente, los diversos componentes del "black bloc", cuya expresión plural se puede encontrar en el sitio Lundi Matin vinculado al Comité Invisible), se sumaron rápidamente por su fijación al enfrentamiento con la policía, creyeron que la situación podía llegar a ser revolucionaria y que bastaba con dar un pequeño empujón para que la revuelta se convirtiera en insurrección y ésta en revolución. Desde entonces, fingen estar sorprendidos de que la mayoría de los que iniciaron el movimiento no sean finalmente los auténticos revolucionarios soñados, sino que se desvinculen regularmente, según las circunstancias, de la violencia urbana, que para ellos es el único criterio de radicalidad⁶. Además, ellos se esfuerzan cada semana en verificar negativamente su credo en lo que ahora se reduce a los enfrentamientos rituales al final de las manifestaciones con una policía sobre-equipada que, después de los primeros sábados de enfrentamientos espontáneos extremadamente violentos, generalmente siempre ha tenido la situación controlada⁷. Pero lo que es nuevo, es que esta violencia, por lo demás cualquier cosa menos ciega y esencialmente simbólica, aunque no sea obra de la mayoría de los Chalecos Amarillos, ha sido percibida por estos como la consecuencia inevitable del desprecio del Estado, de la brutalidad policial, de la magnitud de la represión judicial y, en general, de la violencia social.

Podemos suponer que el saqueo de los Champs-Élysées, durante todo el sábado 16 de marzo en la jornada 18 de las movilizaciones, es el resultado conjunto de una estrategia de

4 Cf. Gilets jaunes: la classe moyenne peut-elle être révolutionnaire?, 7/12/18

5 Cf. Putsch gauchiste à Commercy, 30/12/18

6 Cf. Cher Éric Drouet, 4/02/19.

7 Cf. Prochaine station: destitution

provocación clásica del laissez-faire del poder (con eventuales resultados que la habrían sobrepasado; la fabula oficial de que funcionarios subalternos de la prefectura de policía, ocultándola a sus superiores, hayan tomado la iniciativa de debilitar hasta cierto punto la capacidad de intervención de la policía parece difícilmente creíble) y de la radicalización de los 8.000 a 10.000 manifestantes, "black blocs" y Chalecos Amarillos allí reunidos. En cualquier caso, si el resultado puede parecer tácticamente satisfactorio para los versalleses del partido del orden, deshaciéndose de un prefecto de policía poco fiable, haciendo aceptar la nueva ley antidisturbios, un endurecimiento de la represión, una llamada simbólica al ejército y cabe añadir una ley de privatización impugnada (votada a hurtadillas a las 6 de la mañana), el fracaso es evidente, ya que no ha logrado provocar una verdadera escisión en el seno de los Chalecos Amarillos sobre la cuestión de la violencia, ni una ola de apoyo al poder.

Todo el mundo sabe que fueron los disturbios espontáneos de noviembre y diciembre, consecuencia de la violencia indiscriminada de la policía, lo que hizo, en parte, temblar y ceder al poder. En cuanto al saqueo del 16 de marzo al restaurante Fouquet's, como símbolo de clase, ha regocijado a la mayor parte del país, el destino de los Champs-Élysées (el lugar menos frecuentado por los parisinos), para la mayoría de los franceses le es tan lejano e indiferente como el de Dubái. La fuerza de este movimiento, visible en su duración, su determinación y su indiferencia ante las acusaciones de violencia, reside esencialmente en su rechazo de cualquier jerarquía, de todo liderazgo y en la intensidad de la solidaridad vivida ante la masiva violencia estatal⁸. Violencia hasta entonces reservada a los banlieues, a los zadistas, o a los "black bloc"⁹.

Podemos resumir sus efectos más remarcables, en algunos puntos reafirmados constantemente hasta ahora:

8 Cf. Communiqué de victoire n°1, 28/03/19

9 Los enfrentamientos contra la brutalidad policial se han repetido en los banlieues o suburbios de las ciudades francesas. Los zadistas, son los participantes de las Zone À Défendre. (N. T.)

— Rechazo de toda recuperación por parte de cualquier partido o sindicato.

— Denuncia de los medios de comunicación como instrumentos del poder.

— Rechazo de cualquier representación, portavoces oficiales y de toda evolución electoralista.

— Exigencia de democracia directa.

— Toma de conciencia masiva y denuncia de la violencia policial de un poder al servicio directo de un sistema y de una oligarquía.

— Intentos de instalar a largo plazo, directa y físicamente, los vínculos establecidos durante estos meses, tanto a nivel local como nacional.

Una vez superadas las estrictas demandas materiales iniciales, la duración del movimiento y la organización de debates, tanto directos como en las redes sociales, han llevado a los manifestantes a plantearse progresivamente preguntas más generales sobre la naturaleza de la sociedad y los medios para transformarla¹⁰. Este es el crimen que potencialmente contiene a todos los demás y ha motivado el contrafuego del "pseudo-gran debate" organizado por el Estado, por miedo a un contagio al conjunto de la sociedad.

Es la existencia continuada o no de estos debates críticos al margen de toda tutela, tanto a nivel local como a nivel nacional, lo que determinará en el futuro si este movimiento puede tener un efecto acumulativo o bien si desaparecerá sin dejar rastros observables como tantos otros antes que él¹¹.

Sin embargo, los límites de este movimiento son también evidentes:

— El contagio no ha ocurrido: a pesar de una participa-

10 Cf. Appel des Gilets jaunes de Commercy à la formation d'assemblées populaires, 7/12/18

11 Cf. Appel de la première "assemblée des assemblées" des gilets jaunes.

ción numerosa y del apoyo expresado por una gran mayoría de la población, nunca se ha convertido en un movimiento de masas paralizante de la sociedad, sino más bien en una revuelta por procuración o por poderes. Cientos de miles de manifestantes (en el apogeo del movimiento) para algunos millones de proclamados partidarios y el soporte del 70% de la población según las encuestas¹².

— Por falta de un apoyo masivo real, nunca han encontrado otros lugares físicos que ocupar que la precariedad de las rotondas, los peajes de autopista, los aparcamientos de supermercados y algunos lugares asociativos (en Saint-Nazaire, por ejemplo), otros donde el cuestionamiento de la sociedad podría haber tomado otra dimensión afectando a una mayor diversidad social.

— Por lo tanto, ha seguido siendo un movimiento provincial, más periurbano que rural, ignorado por las capas más favorecidas de las clases medias de las grandes ciudades (especialmente de la capital) y objeto del odioso desprecio de todas las élites: Luc Ferry, "filósofo", ex-ministro de educación, decía acerca de la policía, "Que utilicen sus armas de una vez por todas. Oiga, ya es suficiente".

— La famosa "convergencia de luchas", conjuro ritual del neoizquierdismo, ha continuado siendo letra muerta. Los sindicatos, temerosos de su impotencia y su marginalidad se negaron a asociarse al movimiento; los estudiantes, demasiado ocupados por "la interseccionalidad" de sus obsesiones de género y antirracismo han brillado masivamente por su ausencia y, aparte del Comité Adama¹³, colectivamente los jóvenes de los suburbios han estado ausentes si exceptuamos algunas incursiones "Rolex" en los Camps-Élysées o en la Canabière de Marsella.

— Las manifestaciones contra el cambio climático que tuvieron lugar simultáneamente y que son resultado de otras

12 Cf. Rupture dans la contribution en cours, 19/12/18

13 Comité creado tras el asesinato del joven Adama Traore, el 1 de julio del 2016, en la comisaría de Persan, Val-d'Oise. (N.T.).

categorías sociológicas más urbanas, más jóvenes, con más titulaciones, más deferentes y menos furiosas, no quisieron asociarse con el movimiento de los Chalecos Amarillos, para profundo alivio del poder.

— Esta limitación socio-geográfica, que ha favorecido el no cuestionar más globalmente el sistema, ha llevado al movimiento de los Chalecos Amarillos a centrarse en algunas reivindicaciones: la dimisión de Macron, el restablecimiento de la ISF (impuesto sobre el patrimonio), el aumento de los salarios y de las pensiones y la RIC (referéndum de iniciativa popular), todas ellas imposibles de alcanzar.

— En consecuencia, el reflujo, aunque lento es inevitable.

En estas circunstancias, es remarcable la firmeza del movimiento en algunos puntos fundamentales que son de carácter profundamente político: la exigencia de democracia directa (cualquiera que sea el adjetivo que se le asigne: transversal, participativa, horizontal, etc.), con el control y la revocación de los representantes, lo que implica un rechazo radical de la vieja política electoral de los partidos y la de la cogestión de los sindicatos, mientras que la exigencia de libertad y de igualdad, constantemente reiterada, también ha excluido el dejarse arrastrar al terreno de la xenofobia y de la regresión nacionalista.

Es necesario, no verla tanto como una virtud transhistórica propia del pueblo francés (aunque la historia política de este país no sea totalmente ajena), sino como el resultado notable de una implosión acelerada de las ilusiones políticas surgidas recientemente. En menos de dos años, la regresión nacionalista de Trump, del Brexit o de Italia, ha demostrado su ineficacia, mientras que la fuga hacia adelante tecnoliberal de Macron ha explotado en pleno vuelo y la gestión ecolo-ciudadana como la de Podemos, se reducía manifiestamente a medidas simbólicas o cosméticas.

La explosión tardía del movimiento de los Chalecos Amarillos ha tenido el efecto paradójico de no poderse adormecer en unas ilusiones, rápidamente desmentidas por los hechos,

ya que en los últimos años, se ha vuelto muy común la profunda convicción de que este sistema no puede ser regulado ni reformado. A su modo, el movimiento de los Chalecos Amarillos expresa esa constatación, ninguna delegación de poder podrá resolver los problemas reales a los que se enfrentan nuestras sociedades, por lo que es necesario que los pueblos retomen su destino. La ingenuidad bastante general de las propuestas de los Chalecos Amarillos y los evidentes límites de su crítica no deberían ocultar el escándalo y el terror que provocan sus constataciones y resoluciones potencialmente subversivas. Además, no deben nada a la existencia previa de una minoría radical que se define subjetivamente como revolucionaria, de quien el poder finge temer la amenaza: "los black blocs no son un epifenómeno, sino una amenaza antigua, constante, poderosa y repetida", (el ministro de interior dicit). Esta minoría no ha tenido ni tiene nada que ver con la irrupción de esta importante crisis y prácticamente no ha tenido ningún efecto en su evolución. Salvo constatar que la banalización de la violencia urbana durante las manifestaciones callejeras ya no asusta ni en provincia.

Si el recuerdo y el ejemplo concreto de Mayo del 68 se desvanecen y ya no significan gran cosa para aquellos que no lo han conocido directamente, acechan literalmente los pasillos del Estado. Porque, aunque el personal político actual no tenga la experiencia directa de esa crisis revolucionaria, es el derecho y el deber del Estado de registrar y transmitir la memoria de los peligros que lo han amenazado. El Estado actual sabe que no tiene ni tendrá nunca más los medios que antes tenía para poder negociar una salida a la crisis, ni económicamente para una redistribución financiera, ni políticamente concediendo nuevos derechos sociales, sin mencionar, por supuesto, las nuevas reivindicaciones sobre las que no tiene ningún control.

Naturalmente Mayo del 68 nunca volverá, como jamás se repite de la misma manera ningún acontecimiento histórico importante, banalidad que no dejan de repetirnos los izquierdistas arrepentidos e integrados, los revolucionarios cansa-

dos y los políticos falsamente aliviados. De hecho, si una crisis global condensase el conjunto de las críticas, agravios y la cólera de una mayoría de la población, es evidente que esto conduciría rápidamente no a un Mayo del 68, sino a un Mayo 68 a la décima potencia.

En efecto, ya no se trataría como hace cincuenta años de la yuxtaposición, sobre una base abrumadora de reivindicaciones socialdemócratas canalizadas por el partido estalinista, de un revolucionarismo neo-leninista a la defensiva y una débil crítica social de la sociedad moderna, sino más bien de un cuestionamiento global de una civilización agonizante, en todas sus dimensiones ecológicas, sociales, políticas e imaginarias. Como lo resume irrefutablemente el eslogan aparecido en las manifestaciones, tanto de los Chalecos Amarillos como en las del cambio climático: "Fin de mes, fin del mundo, mismos enemigos, misma lucha".

En los últimos quince años, se han visto en Francia una sucesión de crisis tan diversas como duraderas que solo comparten el no tener solución. Es evidente para lo que aquí se llama crisis de los banlieues, es decir, la pauperización perenne de los guetos y la desintegración social que estalla regularmente en motines ante el racismo de la institución represiva, sin más futuro que su perpetuación.

Sin embargo, si miramos hacia otros lugares, por la brecha abierta en el consenso de la ideología del progreso provocada por la larga lucha contra el aeropuerto de Notre-Dame-des-Landes, se constata que ha trasladado al dominio público una crítica anti-industrial sistemática, antes confinada a un reducto intelectual, tanto en sus planes concretos de "grandes proyectos inútiles" como en su ideología tecno-progresista: "contra el aeropuerto y su mundo", o en su "transición energética, fraude tecnocrático". Ya no saldrá a la luz y las manifestaciones crecientes contra el cambio climático, entre otras, llevarán el conflicto a un nivel global desconocido hasta ahora, porque la sociedad industrial no tiene otra opción que continuar su saqueo, su destrucción y su guerra a la vida. Por lo tanto, se critica a todo el sistema

económico-político no solo en nombre de la evidencia de un peligro inminente, sino cada vez más en favor de otra forma de vida.

Este conflicto ya estaba presente en el 2016 en el fenómeno de Nuit Debout¹⁴ y en las manifestaciones contra la legislación laboral de la loi Travail, que durante dos meses habían planteado, de una manera más minoritaria y centrada en la no legitimidad de las representaciones políticas, la crítica de la funesta coalición político-económica y tecno-industrial.

Y ahora, en pocas semanas, más que en cuarenta años de luchas perdidas, el levantamiento de los Chalecos Amarillos, llevado por sectores de la población que se habían mantenido al margen (la frase más repetida es: "nunca he hecho política o "nunca me había manifestado"), ha conseguido reinstalar la cuestión social en toda su magnitud en el centro de la irrealdad de todos los discursos políticos.

Este mundo vive ahora sobre un volcán

Estos diferentes fenómenos, que implican a sectores de la población considerablemente diferenciados cultural y socialmente, se yuxtaponen o superponen en el tiempo, sin haber encontrado hasta ahora la oportunidad de fusionarse, y la esperanza secreta del poder es, evidente, que siga siendo así.

Anoté esta evidencia hace casi dos años: "Mientras que el sistema satisfaga globalmente las necesidades básicas que ha producido, no vemos por qué una masa crítica de la población se desvincularía de él. Ahora bien, esta es la condición sine qua non para el surgimiento de una crisis revolucionaria".

Pero ya estamos ahí. Aparte de cualquier crisis brutal, pero ante el deterioro progresivo de su destino, una parte de los sectores más pobres de la población común y corriente, la que no se reconoce en ninguna singularidad de edad,

¹⁴ La Nuit Debout, movimiento social de ocupaciones de lugares públicos surgido en la plaza de la República en marzo del 2016, como parte de las acciones multitudinarias contra la reforma de la legislación laboral o Loi Travail del gobierno de Manuel Valls. (N.T.).

raza, género, condición social, aquella que universalmente se considera la más sometida a la alienación mercantil, al embrutecimiento del entretenimiento de masas, al aislamiento consumado de la sociedad del espectáculo, a la impotencia de la vida virtual, a la tentación del populismo regresivo, paradójicamente acaba de desvincularse de él. La resignación ha saltado en pedazos en el muro de la realidad concreta de las condiciones de existencia donde el sentimiento de la dignidad pisoteada ocupa un lugar central. Esta secesión ha sido bautizada con granadas y flash-ball (balas de goma) y confirmada con miles de penas de prisión; ceremonias iniciáticas que cientos de miles tardarán en olvidar.

La sociedad de masas descansa sobre el respaldo de las llamadas clases medias, aquellas que trabajan y consumen, que producen y reproducen el sistema, es decir, que están satisfechos con sus necesidades y con la satisfacción de estas necesidades. Hasta ahora, la circularidad de esta dominación solo había sido realmente quebrantada en su periferia y esporádicamente entre las facciones de la juventud aún no totalmente integradas a la economía. Sin embargo, las dos contradicciones insuperables del sistema: la tendencia a la desaparición del trabajo y la crisis ecológica generalizada, ya están socavando este consenso histórico. Aparte de cualquier crisis repentina, hipótesis que nadie se atreve a excluir, el inevitable empobrecimiento de la clase media ya ha empezado. Por lo tanto, son las bases sociales del sistema las que están debilitándose año tras año sin que se pueda ni imaginar el milagro que podría revertir esta tendencia.

Mientras que esta parte más instruida, más urbana, menos periférica, aún dispuesta a engañarse con las ilusiones renovables de la redención tecnófila, no se estrelle a su vez contra el muro de lo real, los banlieus (suburbios) arderán, los black blocs se enfrentarán a la policía, los obreros se lamentarán ante sus fábricas cerradas, los campesinos se suicidarán en sus granjas en quiebra y los Chalecos Amarillos pedirán en vano la dimisión de Macron.

Se dirá que un derrocamiento tal es improbable, si no im-

posible, como se decía hace menos de seis meses, el destino de los trabajadores pobres era el de revolcarse en su alienación e inevitablemente volver a caer en el estercolero del populismo de extrema derecha.

Sin embargo, el paso del tiempo refuerza el sentimiento, incluso entre los que aún se creen a salvo de la tormenta, de una creciente desposesión de su vida, amenazada individualmente por la economía, colectivamente por el control totalitario del Estado y universalmente por los estragos del complejo industrial-científico. Esto perfila el camino para recuperar el control de la vida en la tierra, salir de la prehistoria y, por fin, acceder por primera vez a una existencia propiamente histórica aboliendo estos determinismos cuyas lógicas autonomizadas convergen hacia un desastre tangible, y por ello es imposible su recuperación para que todo sea cuestionable y efectivo.

Es habitual entre los revolucionarios sin revolución calentarse en el lirismo apocalíptico de una revolución total, viendo en el menor escaparate roto el falso reflejo del espectáculo agrietado, en el saqueo de una tienda de lujo la práctica de la crítica a la mercancía, en la fugaz fraternidad creadora del motín el comunismo en construcción, cuanto más sofisticados más reconocen la realización del amor divino y universal, o incluso la superación del arte y la filosofía¹⁵. Y nada de esto es completamente falso, porque es inseparable de la intensidad vivida en la efímera fusión de la ruptura de la sumisión y la apertura del tiempo.

Pero la irrupción de un movimiento como el de los Chalecos Amarillos confirma también verdades más prosaicas: caminar de forma duradera con la cabeza en las estrellas requiere anclar los pies en el suelo; las crisis revolucionarias solo ocurren cuando un sistema social es incapaz de resolver los problemas vitales a los que se enfrenta la población, hasta que ella misma no tiene más alternativa que ocuparse de ellos.

15 Cf. *Le mal qui vient*.

Los primeros momentos de dichas crisis no cuestionan los fundamentos del sistema, sino que buscan soluciones dentro de él, y es el reencuentro del debate colectivo lo que en sí mismo constituye la amenaza esencial que el poder quiere ahogar. Solo en una segunda etapa, con la parálisis y la impotencia del sistema, se construye el proceso revolucionario, la crítica se intensifica, se generaliza y pacíficamente o no el antiguo orden, el de la separación, cede el lugar al nuevo, el de una comunidad reencontrada.

Se trata de los balbuceos de este proceso, esta dimensión nueva y necesariamente experimental de toda crisis social de envergadura, liberada finalmente de todo mesianismo redentor y de todo líder carismático, lo que augura que una serie de repeticiones son tan posibles como deseables, lo que ya constituye la victoria del movimiento de los Chalecos Amarillos.

Jacques Philipponneau, abril 2019

<https://lesamisdebartleby.wordpress.com/>

Títulos publicados

- 20 **Cartas de la Revolución española.** Benjamin Péret
- 21 **Entre reivindicación y subversión: El mov. de los parados franceses.** Nicole Thé
- 22 **Futuro Primitivo. J. Zerzan / Zerzan y la confusión primitiva.** Alain
- 23 **El impasse ciudadano. Contribución a la crítica del ciudadanismo.** Alain C.
- 24 **Tesis de filosofía de la historia.** Walter Benjamin
- 25 **Nuestra necesidad de consuelo es insaciable.** Stig Dagerman
- 26 **Hacia una nueva revolución.** Amigos de Durruti
- 27 **El falso principio de nuestra educación.** Max Stirner
- 28 **Debord, en el ruido de la catarata del tiempo.** D. Blanchard
- 29 **La concepción fundamentalmente comunista de la simbólica del paraíso.** O. Gross
- 30 **La fuerza productiva viviente, la «fuerza de trabajo», de Karl Marx.** W. Reich
- 31 **Libertad, desventura, Innombrable.** Pierre Clastres
- 32 **Escritos políticos.** Stig Dagerman
- 33 **Gran fiesta nacional y congreso de las clases productoras.** Benbow
- 34 **Contra el pacifismo nuclear.** Maximilien Rubel
- 35 **La noción de gasto.** Georges Bataille
- 36 **Escritos breves.** Alfred Jarry
- 37 **La revolución de Barcelona. La revolución en Cataluña.** Comaposada
- 38 **La maternidad del week-end.** Michael Seidman
- 39 **Kafka, novelista de la alienación.** Joseph Gabel
- 40 **Alcachofas de Bruselas (viejas y nuevas).** Yves Le Manach
- 41 **Historia natural de la urbanización.** Lewis Mumford
- 42 **La formación de las necesidades.** Günter Anders
- 43 **La historia de un fumador de hachís.** Myslo.-Braunschweig-Marsella
- 44 **Marx anarquista.** Maximilien Rubel y Louis Janover
- 45 **Problemática sociológica de la integración de los inmigrantes.**
Antº Pérez González
- 46 **Utopía antigua y revueltas campesinas en China.** Ngo Van
- 47 **Los viajes de Gulliver. Viaje a Laputa.** Jonathan Swift
- 48 **Espartaco y la llamada revolución de los gladiadores.** G. Walter
- 49 **Mi itinerario intelectual o el excluido de la horda.** Georges Gutvitch
- 50 **La corrida de toros en Madrid.** E. Coeurderoy
- 51 **La servidumbre voluntaria. Un estudio...** André May
- 52 **Espejos.** Pierre Mabille
- 53 **Una sublev. proletaria en la Florencia del s. XIV.** Nic. Maquiavelo
/ Simon Weil